

Alejandro Raiter

Departamento de Letras  
Universidad de Buenos Aires

## Semántica sociolingüística

En este trabajo contribuimos al debate acerca de la necesidad de contar con una teoría semántica del uso del lenguaje que Lavandera (1982) denominó semántica sociolingüística. Reseñamos por qué carecemos aún de una teoría de este tipo: la lingüística y la filosofía han seguido caminos equivocados al intentar ubicar el significado en las formas lingüísticas y no en la interacción entre participantes reales de un evento comunicativo. Para desarrollar una teoría semántica de este tipo debemos reincorporar los sujetos a la teoría lingüística, aceptar que los significados no son ni serán permanentes, y que dependerán de las experiencias lingüísticas de los sujetos en el rol social que tienen asignado y/o por el cual pelean; en otros términos, serán ideológicos.

143 { texturas 3-3

*In this paper we make a contribution to the discussion on the need of having a semantic theory of the use of language that Lavandera (1982) named Sociolinguistic Semantics. We review why we still lack of a theory of this kind: philosophy and linguistics have taken wrong paths when trying to locate the meaning in the linguistics forms and not in the interaction between actual participants in a communicative event. To develop a semantic theory of this kind we should incorporate the subjects to the linguistic theory, accept that meanings aren't, and won't be permanent, that they will depend on the subjects' linguistic experiences, that is to say on their ascribed social status and/or the ones they fight for. In other words, those meanings are ideological.*

Comenzaremos con un acto de habla provocativo, una aseveración que no deje lugar a dudas acerca de cuál es nuestra posición: no existe una teoría general del significado lingüístico porque los diferentes autores y escuelas o bien no han encarado el problema de modo consecuente o lo han evadido de modo consecuente. Me gustaría poder decir que éste pretende ser un trabajo sobre semántica sociolingüística que –de alguna manera– recoja las preocupaciones de Beatriz Lavandera: cómo se establecen los significados –y cómo circulan– en el uso social del lenguaje; en definitiva, por qué alguien dice algo y ese algo es diferente entre los miembros de una comunidad, aunque los estímulos puedan ser idénticos. Sin embargo, nuestra propuesta será bastante diferente de la de sus planteos iniciales, no constituye una continuación de sus trabajos. Es cierto que ella misma había planteado la necesidad de superar el duro corsé teórico del paradigma cuantitativista de Labov y que había realizado un llamamiento a la integración de otras disciplinas para estudiar el problema, pero no había terminado –no pudo terminar– esa integración.

Abordar el problema del significado no parece un problema sencillo, al punto de que muchos lingüistas lo dejan fuera del objeto de estudio, lo relegan al campo de la filosofía. El significado existe, forma parte de las interacciones lingüísticas cotidianas, los hablantes entienden el significado de las emisiones, pero parece que los lingüistas no lo podemos abordar. No es nuestro objetivo aquí hacer una extensa exposición histórica de qué ha sucedido hasta el momento; sin embargo, queremos plantear algunos caminos equivocados que impiden objetivamente enfrentar el problema.

En primer lugar, la consideración saussureana acerca del objeto de estudio; según el llamado *padre de la lingüística moderna*, la disciplina debía crear su objeto de estudio, la *Lengua*, ya que no podía estudiar el objeto natural preexistente, el *Lenguaje*. El sistema de signos que constituía la lengua –por definición– no tenía por qué tener significados, ya que los significados son –en todo caso– una propiedad de las lenguas naturales, no de los sistemas ideales. Es más, los *signos* –a pesar de su caracterización como la unión de un *concepto* y de una *imagen acústica*– sólo pueden estar en relaciones opositivas, no pueden definirse más que por aquello que no son, en relación con los otros signos del mismo sistema. El concepto de *valor* reemplaza de modo elegante al de *significado* para mostrar que los signos son diferentes entre sí, pero no avanzamos con la posibilidad de alguna teoría sobre una de las dos caras del signo: los *significantes* o conceptos. Dejemos constancia aquí que Saussure no demostró que el conjunto heteróclito de hechos que componen el lenguaje no eran estudiables: realizó una petición de principios para la disciplina que estaba fundando (y el objeto de estudio que estaba definiendo).

Nuestra propuesta consiste en mirar el lenguaje desde otro lugar al proponer un camino que no se desprende de la idiosincrasia de las formas y reglas

lingüísticas, sino del hecho comprobable de la existencia de la comunicación, del intercambio de significados en la comunicación, de la existencia de significados en el uso; pero también de la comprobación de que esos significados están social y desigualmente distribuidos, al mismo tiempo que son lo suficientemente homogéneos como para permitir interacciones lingüísticas dentro de una comunidad cualquiera.

En la historia de la lingüística como disciplina hubo varios intentos de mirar las cosas desde otro lugar; hubo muchas rupturas internas de paradigma y, muchas veces, hubo incorporaciones conceptuales y metodológicas desde otras disciplinas que obligaron a cambios en el paradigma. ¿Por qué proponer otro, entonces?

Evidentemente Chomsky rompió un paradigma, el del estudio del lenguaje como estudio de la lengua –sistema de signos–, y él mismo y sus seguidores construyeron un nuevo paradigma que cambió los estudios de la gramática y de la adquisición del lenguaje; colocó los estudios lingüísticos en la psicología cognitiva, estudio del funcionamiento mental. También debemos señalar aquí que la definición y delimitación del objeto de estudio (la *competencia* o capacidad que tienen los seres humanos para generar oraciones) constituyen una petición de principios: el autor no demostró nunca la imposibilidad de estudiar la actuación concreta entre hablantes ideales o no ideales. En efecto, sólo afirmó que la actuación o *performance* no podía ser estudiada con las mismas reglas de la lingüística –tal como él la había definido–, porque pertenecía a otro campo que por el momento constituía un *enigma* para la ciencia, no un *problema* para investigar. De todos modos, el significado concreto de las emisiones queda afuera de sus modelos: deberíamos contentarnos con llegar a representar la forma lógica.

Evidentemente, también la incorporación de la pragmática –Austin (1962), Grice (1957) y Searle (1969) en primer lugar– provocó cambios importantes en la disciplina, al menos en una parte de la disciplina: básicamente se comenzó a mirar “otras cosas”, no vistas antes, en los estudios del lenguaje. Constituyó un aporte importante para los estudios del significado porque, si bien no pudieron ser abordados los significados de los contenidos proposicionales de las emisiones, podíamos avanzar en el tipo de *acto* que los hablantes realizaban al intercambiar emisiones (afirmar, ordenar, preguntar, pedir, etcétera) y en las condiciones que harían que un enunciado fuera feliz o apropiado a la situación. De todos modos, afirmamos, a pesar de sus constantes menciones al uso lingüístico, se restringen a un no definido hablante-oyente ideal, aunque esté inmerso en reglas convencionales, que, por otra parte, son ahistóricas.

El mismo Labov, quien intentó seguir –al menos al principio– de modo estricto las reglas predefinidas de la gramática chomskyana, realizó también un importante aporte a los estudios del significado al distinguir lo que él llamaba significado referencial –i.e. una remisión del signo a un ente ajeno al lenguaje aunque invocado en la situación

comunicativa— del significado social y/o estilístico, es decir, un significado presente — expresado por el hablante y captado por el oyente y sostenido en la frecuencia de aparición de determinadas formas lingüísticas— en el mismo acto del intercambio de emisiones. Sin embargo, la existencia —y la diferencia de significado social o estilístico— sólo podía sostenerse si el analista encontraba dos o más significantes que alternasen en la misma posición y de los que pudiéramos asegurar que significaban *lo mismo*, que la identificación referencial fuera la misma.

Precisamente ésta fue la primera crítica que le realizara Lavandera: en niveles superiores al fonológico (morfológico y sintáctico) no era posible establecer con claridad que dos signos tuvieran identidad referencial. Por ejemplo, no resulta difícil afirmar que en dos enunciados como:

- 1- *Nos comimo todo lo sánguches.*
- 2- *Nos comimos todos lo sándwiches.*

sánguches y sándwiches tienen el mismo referente exterior, significan lo mismo. Sin embargo, si tuviésemos dos enunciados como:

- 3- *¡Qué linda pendeja!*
- 4- *¡Qué linda mina!*

ya no es tan fácil afirmar que el referente exterior sea idéntico para ambos, no está claro que un hablante se refiera de modo indistinto a {mujer}; dependerá, entre otras variables sociales, de la edad de los participantes. Lavandera propuso entonces reemplazar el criterio de identidad de significados por un criterio de equivalencia funcional, diferenciar *significado* de *sentido* en base a que las formas alternantes —las que aportaban diferente significado social o situacional (concepto que reemplaza y cubre el significado estilístico de Labov)— respetaran el valor de verdad de la proposición.

Sin embargo, fue otra la línea de trabajo que llevó a la autora a la ruptura con el paradigma cuantitavista: la comprobación empírica de que los significados se encuentran distribuidos —al menos en términos de frecuencia de uso— de modo desigual dentro de una comunidad (Lavandera, 1982).

Hasta ese momento la lingüística había dado por supuesto que los significados estaban disponibles para todos los usuarios de un dialecto en cualquier momento (el mismo Halliday (1994) define la *lengua* como un sistema de *opciones*). Lavandera demostró que esto era falso: no todos los hablantes disponen de las mismas opciones en todos los contextos. Ello determinó que defendiera los análisis *cualitativos* frente a los *cuantitativos*; en efecto, los primeros nos podían aportar otro tipo de significado: el posicionamiento o compromiso del hablante con sus dichos. Otra vez, un significado que surgía en la interacción concreta entre hablantes reales.

Mencionemos que también Foucault (1961) había afirmado esta distribución desigual de significados ya que están determinados por las reglas de formación de conceptos y de posiciones enunciativas dentro de un orden particular del discurso. Sin embargo, según nuestra opinión, Foucault desplaza el problema, porque deberíamos conocer algo así como el significado de un orden discursivo para captar el de un enunciado particular.

Para Bourdieu los significados se realizarían en un *mercado lingüístico*, pero este concepto refiere a una construcción del analista, no puede indicar el contenido de una emisión cualquiera.

Por su parte, la lingüística crítica entiende las distintas variedades para decir lo mismo, circunscrito al relato como noticia de un mismo hecho, como diferencia ideológica, esto es, como una diferencia en la concepción del mundo, los presupuestos, en que ese hecho se inscribe. Se trata de un significado que excede las emisiones o el texto, para llevarnos a un sistema de referencias y valores en donde las opciones realizadas en un enunciado, tomado como unidad sintáctico-semántica (la cláusula), adquieren significado ideológico. Por ejemplo:

5- *La profesora aplazó a Luis.*

6- *Luis reprobó el examen.*

indicarían un diferente posicionamiento del emisor que ve alternativamente a la profesora o a Luis como agentes del mismo proceso.

Las diferencias en la selección léxica para designar un mismo referente externo tendrían la misma función. Por ejemplo:

7- *Soldados israelíes combatieron con terroristas palestinos.*

8- *Soldados israelíes combatieron con patriotas palestinos.*

Desde la perspectiva de la Lingüística Crítica, 7) y 8) muestran un sistema de clasificación que ofrece la lengua, sistema de clasificación que es ideológico. Sin embargo, este modelo sólo puede funcionar por comparación una vez que identifiquemos que los significados no son idénticos. Pero de los significados en sí no obtenemos mucho.

El "otro" lugar en que nos colocamos –y nos atrevemos a decir que es el único lugar posible para la construcción de una semántica sociolingüística– surge de la comprobación de la dificultad de determinar el significado de un palabra aislada del enunciado en que (potencialmente) aparece, la dificultad de llegar a acuerdos ciertos acerca del significado de un enunciado al margen del contexto y la dificultad que encontramos cuando queremos determinar el significado o las restricciones al significado que los contextos imponen. Para nosotros el motivo está claro, se ha buscado el significado en lugares en los que necesariamente no puede estar completo.

Hagamos un pequeño rodeo que tal vez suene algo tramposo; sin embargo, lo necesitamos. Debemos equiparar por un momento significado con información; sabemos que no son necesariamente sinónimos pero la comparación nos ayudará con fines expositivos.

Supongamos que tenemos un conjunto de elementos que son, sin ninguna duda, informativos, por ejemplo una cadena de ADN. ¿Cómo sabemos que esta cadena es informativa? Simplemente porque tenemos un conocimiento previo sobre genética que nos informa respecto de este carácter. Sin embargo, para transmitir esta información debe llegar a un agente receptor que pueda procesarla de algún modo, utilizando un mecanismo natural o construido para tal fin. Si usted bebiera ADN de cocodrilo de un vaso con vino, no tendría mayores consecuencias que las de digerir una dosis extra de proteínas, pero no alcanzaría ninguna de la información contenida en esa cadena que algún gracioso deslizó en su vaso. Para decirlo brevemente, la información no sólo debe tener un soporte material (y un agente emisor), sino también un receptor que decodifique: la información no está en el soporte material, debe ser procesada por un agente adecuado.

Volvamos entonces al planteo original, volvamos al problema del significado. El significado no puede estar sólo en el soporte material –esto es, el lenguaje–. Si la información no está en el texto, para acercarnos al estudio del significado, deberemos volver a introducir a los sujetos participantes, sujetos activos de la interacción lingüística. En otros términos, los participantes construyen el significado.

Los sujetos, como vimos, fueron expulsados por el estructuralismo. ¿Cómo reintroducirlos? La dificultad consiste precisamente en que la expulsión de los sujetos no fue inmotivada. Básicamente podemos decir que debieron salir de los tratados de lingüística y/o de las teorías del significado por un problema muy elemental y sencillo de comprobar: los sujetos son capaces de desbaratar cualquier gramática.

En efecto, un oyente puede escuchar de un hablante el siguiente estímulo lingüístico:

*9- Te llamo después de cenar.*

y quedar absolutamente convencido de que ese llamado nunca se producirá, mientras que otro puede escuchar exactamente el mismo estímulo y esperar convencido el llamado prometido. ¿Qué significará, entonces, esa frase si dos sujetos distintos pueden reconstruir significados totalmente diferentes?

Claro que podemos afirmar que la actitud hipotética de espera del oyente dependerá del conocimiento previo que tenga del hablante y del contexto situacional en que la emisión fue producida; de hecho es lo que de un modo habitual se informa en textos etnolingüísticos. Sin embargo, esta explicación es insuficiente desde todo punto de vista.

En efecto, no podemos afirmar que dependa de que ese conocimiento sea mucho o poco, tenga antigüedad o no, sea o no íntimo, etcétera; tampoco que dependa de si fue emitido en la calle, en un café o en un cine. Por el contrario, dependerá de la conducta y experiencia lingüísticas previas de hablante y oyente entre sí, pero –sobre todo– en la comunidad.

Hablamos de conducta (lingüística) previa con la seguridad de que es imposible un primer discurso, un primer enunciado. Todo enunciado –lo sabemos– responde, completa, refuta enunciados anteriores y/o anticipa enunciados que lo seguirán. La semántica parece no poder incorporar el concepto de red discursiva, aunque es un hecho que vivimos –y hablamos– en un mundo representado y clasificado lingüísticamente, y todo nuevo estímulo no puede ser procesado sino dentro de esa clasificación y representación.

Afirmaremos que la solución propuesta por Austin (1962) y Searle (1969) (sería una falta de respeto no volver a mencionarlos) es insatisfactoria y evita abordar el problema del significado: dirán que la promesa (del llamado futuro) se ha producido, aunque ese acto (de prometer) pueda ser infeliz (es decir, no se produzca el llamado). El significado *promesa* no se perderá. ¿De qué nos sirve esta afirmación? Tal vez para una futura calificación del hablante por parte del oyente, pero no nos aclara qué quiere decir *llamar después de cenar* ni por qué diferentes oyentes pueden construir distintos significados. Por otro lado, ¿es cierta esa afirmación?

Pocas madres se tomarán muy en serio la promesa de sus hijos o hijas adolescentes de ordenar el cuarto después de una fiesta a la que concurrirán; ningún niño pensará en la muerte si su madre por enésima vez lo amenaza con matarlo más tarde. Esto significa que no rescatarán el significado *promesa* ni amenaza para esperar después, pacientemente, que se demuestre la infelicidad de los enunciados, pero no significa que no tengan significado ni sean significantes vacíos. Tienen otro significado y lo podremos mostrar con una teoría adecuada.

De acuerdo con la experiencia que tenemos como hablantes podemos saber que si un o una enamorada le dice a su amante un enunciado como:

*¡O- Te juro que te voy a querer para siempre.*

el *para siempre* significa un horizonte de tiempo que el o la hablante no alcanza a imaginar, pero que seguramente no significa la eternidad. El problema es que el significado lingüístico se adquiere y se sostiene dentro de una red de interacciones en la que los sujetos (hablantes de la comunidad lingüística) participan; es decir, no está en los mensajes en tanto texto sino materializado en los mensajes en tanto productos de la interacción. Dado que los mensajes lingüísticos no reflejan el mundo sino las conciencias de los sujetos, o la representación del mundo en la mente de los sujetos, la base del significado no puede sino estar en (las representaciones de las) interacciones previas. Las adolescentes prometen, las madres pueden amena-

zar, los enamorados siempre juran amor eterno. Sostenemos que en estas interacciones la función de los actos es, ante todo, fática: mostramos que estamos interactuando y construyendo, juntos, significados.

Dado que es imposible representar la red discursiva dentro de una comunidad, lo que debemos buscar –otra vez– es una forma de reinserir a los sujetos hablantes para llegar a presentar una hipótesis del significado lingüístico en una comunidad. Este significado no podrá ser permanente e inmutable; no podrá tener otro carácter que histórico y social, dado que la interacción lingüística no sólo es ininterrumpida, sino, además, creativa e innovadora.

Para reincorporar a los sujetos en una teoría del significado postulamos la existencia de un *sistema de creencias*. Lo imaginamos como un depósito relativamente ordenado que guarda las experiencias de los intercambios lingüísticos en los que cada hablante ha participado.

Podríamos hablar simplemente de memoria, como lo hace van Dijk (1998), pero cuesta mucho imaginar que un mismo y único depósito –aunque estuviera organizado en guiones y modelos de situación– contenga de modo simultáneo e indiferenciado el recuerdo de cualquier experiencia en la que un hablante haya participado. Por ejemplo, si presenciamos un choque de automóviles –el ejemplo es de van Dijk– con una persona herida de gravedad e intervención de la policía y ambulancias: ¿qué modelo de situación se activará primero?, ¿el del choque?, ¿el de un herido?, ¿el de la actuación de los médicos? Si aparecen los bomberos porque hay peligro de incendio y/o intervienen los eventuales testigos de modo solidario: ¿significa que cada vez deberemos agregar un modelo de situación o un guión diferente?

Por lo pronto se calcula que cualquier hablante tiene almacenadas aproximadamente ochenta mil palabras; ningún otro tipo de estímulo potencial podría siquiera acercarse a esa cantidad. El tiempo de reconocimiento de una palabra –aislada o en contexto– ha sido medido experimentalmente y en ningún caso sobrepasa los quinientos milisegundos. Las estrategias de reconocimiento de palabras están razonablemente establecidas (por decodificación fonética, por proximidad semántica, por adecuación contextual). También contamos con varias hipótesis plausibles sobre la organización de ese enorme *almacén* de palabras. En cambio, cuando lo almacenado es algo no lingüístico como caras, accidentes, situaciones agradables o desagradables, etc., no sabemos con seguridad qué estímulos pueden evocarlo. Cuando hablamos de elementos de memoria en general, una serie de preguntas queda pendiente:

*¿Cómo están jerarquizados los elementos?*

*¿Cómo pasa un elemento de la memoria de largo plazo a la de corto plazo?*

*¿Por qué algunos estímulos se almacenan y otros no?*

*¿Es importante el tiempo transcurrido entre la formación de una imagen en memoria y su evocación?*

*¿El papel de evaluar se le deja a la memoria?*



Ninguna de estas preguntas es válida cuando de significados lingüísticos se trata; ni siquiera es necesario postular memorias de corto y largo plazo.

Es mucho más fácil y económico pensar en que *accidente* es una palabra que tiene un conjunto amplio, no definido ni cerrado, de enlaces.

El sistema de creencias es un mecanismo biológico de construcción de representaciones mentales a partir de estímulos (en principio, lingüísticos).

Cuando un hablante cualquiera enuncia no puede hacer otra cosa que materializar en formas lingüísticas (una parte ínfima de) los contenidos de sus sistemas de creencias. Cuando un oyente cualquiera interpreta, esto es, asigna un significado a un enunciado o conjunto de enunciados, no puede hacer otra cosa que *comparar* las representaciones que construye de ese enunciado (mecanismo lingüístico) en esa situación particular con representaciones previamente construidas y alojadas en sus sistema de creencias formadas, a su vez, de otros tantos enunciados percibidos con anterioridad. Los contenidos de los sistemas de creencias deben estar organizados de modo lingüístico.

¿De qué otro modo que no fuera lingüístico podría estar organizado ese corpus de creencias? ¿De qué otro modo podrían intercambiarse y distribuirse los contenidos entre los miembros de una comunidad? Al mismo tiempo debemos preguntarnos sobre qué contenidos hablarán los miembros de una comunidad. ¿Qué cosas, además de signos, intercambian los miembros de una comunidad? ¿Dónde está registrado, dónde está la base, para que mediante el uso de los signos x, y, z, un hablante cualquiera quiera decir w y un oyente cualquiera – pero no todos– entienda que quiere decir w mediante el uso de x, y, z?

En este lugar nos colocamos. ¿Por qué? Porque el significado lingüístico sólo puede surgir en la interacción. Colocar o intentar encontrar el significado lingüístico en los textos o palabras emitidas efectivamente, o grabadas, o inventadas, es una fetichización del significado. Para decirlo de otra forma, resultaría como el árbol que no nos deja ver el bosque; en ese caso el árbol sería una oración o palabra y el bosque todas las interacciones significativas de una comunidad.

La lingüística tuvo, y tiene, muchos problemas para tratar el significado de un conjunto de formas del lenguaje. Expongamos algunos: una palabra es siempre reconocida como palabra –si es conocida, claro–, pero no siempre, ni en toda ocasión de uso, significa lo mismo. El significado de un conjunto de palabras ordenadas sintagmáticamente no puede o no siempre puede deducirse del significado de las palabras; el significado de un texto es sencillamente inabordable, aunque lo consideremos una unidad semántica, si no participamos o presenciamos de modo crítico la interacción o –de algún modo– la reconstruimos.

En efecto, supongamos un enunciado como:

*¡¡- Querría comprarme un BMW.*

### ¿Qué puede significar?

Si lo dice un docente no puede constituir más que la aseveración de un deseo; si lo dice una persona adinerada puede significar un plan a futuro; si lo dice un niño de seis años puede significar un juguete; puede significar un chiste, puede ser completamente irónico. En definitiva, 11) podría parafrasearse como:

*12- Estoy por cambiar el auto, estoy pensando en un BMW.*

*13- No tengo un peso, pero ¡qué lindo sería tener un BMW!*

*14- Vi un BMW azul en la juguetería, se lo pediré a papá para los reyes.*

*15- No sé si invertir en una pizza, en una docena de empanadas o en un BMW.*

*16- No tengo para pagar los pasajes de los cuatro para las vacaciones, me compraría un BMW para ahorrarme el precio del micro.*

12), 13), 14), 15) y 16) no cambian el valor de verdad de 11), ya que todos refieren a un sujeto del que se predica un deseo manifiesto de comprar determinado tipo de auto.

Sin embargo, los sentidos serán completamente diferentes. ¿Dónde estará la diferencia si un locutor sólo puede expresar en un enunciado como 11) sus estados de conciencia? Evidentemente, sólo podrá estar en los contenidos de sus creencias, que a su vez estarán determinados por su lugar (social) en la comunidad.

Aparecen, además, los que –siguiendo a Labov– llamaremos otros significados: son los sociales; por otra parte, las emisiones significan (cuentan como) actos. Estos otros significados también dependen de las formas lingüísticas, aunque no puedan –no siempre– predecirse las formas que tendrá determinado acto ni qué forma tendrán esos otros significados. Algunos (otros) significados ya no dependerán de las formas lingüísticas empleadas sino de las no empleadas, es decir, ausentes en la cadena de formas pero presentes por otro mecanismo en la interacción. Algunos (otros) significados dependerán de la labor mental de comparar lo percibido con un modelo ideal de difícil realización. Esta comparación obligaría a hacer inferencias que aporten significado.

Por otro lado, los problemas no sólo se encontraban –y los significados se recuperaban– en la situación de uso o dependiendo de qué se había dicho antes, sino que también en los diferentes usuarios potenciales y reales, en los hablantes y en los oyentes. No todos empleaban los mismos significados ni todos podían recuperar –digámoslo así– los mismos significados de formas lingüísticas idénticas.

Una corriente importante dentro de la lingüística –reconocida como Análisis del Discurso– propuso trabajar con unidades no definidas por la o las teorías, sino con unidades reales; es decir, propuso ampliar la unidad al discurso, producto obtenido en algún tipo de evento comunicativo cuya completitud estuviera dada por el evento mismo y no con una especificidad dada desde alguna teoría. Queda claro que la defini-

ción de este tipo de pieza no es lingüística, no pertenece necesariamente al lenguaje, sino al tipo de intercambio o uso en que aparece. Incluso las tipologías discursivas que se establecieron dependían del tipo de evento (no de propiedades textuales) y de algún análisis de costumbres o de alguna calificación de los locutores: discurso político, periodístico, pedagógico.

No nos proponemos balancear el análisis del discurso ni las gramáticas textuales, pero queremos marcar un logro y señalar algunos “problemas” que aquél trajo o creó.

El logro consiste, en realidad, en un descubrimiento que, de algún modo, no es más que una comprobación: los discursos, unidades de los intercambios, no necesitan ser, no son, necesariamente coherentes, consistentes ni congruentes; sólo son cohesivos. Esto significa que no es la calidad del significado o de los significados lo que hace que sean unidades semánticas, sino la forma en que las cláusulas –unidades de sentido completo– están vinculadas entre sí. El problema consiste en que surgen formas lingüísticas que no parecen portar significados, pero no por eso dejan de tener función.

Nos referimos a los conocidos *recursos de cortesía*, modalidades o juegos de seducción que aparecen en los textos. Ellos ya no explican el o los textos, explican la actitud y la conducta de los participantes; pertenecen a la función fática.

Ampliar las unidades de análisis no sólo no resuelve los problemas del significado sino que los amplía, si lo que pretendía la disciplina era dar cuenta de todo lo que aparecía en las nuevas unidades. Como consecuencia, no puede recurrirse a nuevos elementos ad hoc para cada discurso, como interpretaciones de claves de contexto, claves que nunca sabemos cuándo ni cuántas pueden actuar. Clasificar contextos es antieconómico y poco conducente.

Para proponer un modelo nos hemos inspirado –obviamente– en Chomsky. Postulamos un modelo a partir de los datos que tenemos disponibles, que los explica, que no es contradictorio con ellos y que permitirá buscar datos nuevos en lugar de buscar a ciegas, agregando aspectos cada vez que aparece una nueva dificultad en los análisis.

El sistema de creencias es un mecanismo biológico que los humanos tenemos en virtud de nuestra información genética, apto para construir representaciones a partir de estímulos que tengan la forma adecuada. El funcionamiento es automático –no depende de la voluntad– y obligatorio. Responde siempre que aparece un estímulo. Las representaciones ya almacenadas interactúan con las nuevas a formarse. El sistema establece, de algún modo, circuitos que lo organizan para que no todas las representaciones deban ser evocadas en cada construcción o procesamiento nuevo de estímulos. El sistema fija representaciones prototípicas que permitirán comparar construcciones nuevas con las ya almacenadas para no estar obligado a repetir las en los circuitos y para poder –eventualmente– modificar los prototipos mismos. Los aportes de la psicolingüística y el modelo de funciona-

miento de la mente enunciado por Fodor (1985) tienen el valor de mostrar que el modelo propuesto no es contradictorio con los logros científicos alcanzados.

La descripción o, simplemente, la propuesta de un sistema de construcción y almacenamiento de representaciones que servirán de base para establecer significados lingüísticos en las interacciones, no puede predecir necesariamente qué representaciones serán construidas, es decir, cuáles serán los contenidos del sistema, de cada uno de los sistemas individuales, porque éstos dependerán de los estímulos que haya recibido, de las interacciones lingüísticas en que haya participado. Esta afirmación permite entender –dado que el mecanismo es único– por qué los contenidos de los sistemas individuales pueden ser diferentes entre sí –lo que nos servirá de base para entender y explicar la posibilidad de la distribución desigual de significados que planteamos al principio–. Los contenidos específicos de cada sistema dependerán, básicamente, de los estímulos concretos a los que cada sujeto haya estado expuesto. Esto es importante para diferenciar con claridad los mecanismos de funcionamiento –innatos, biológicos– de contenidos circunstanciales, histórico-sociales.

Ahora bien, tenemos un esquema que nos permite reincorporar los sujetos. Sin embargo, haber establecido mecanismos individuales constituye sólo un paso. En efecto, hablar de significados lingüísticos implica hablar de intercambios, implica hablar de más de un individuo; los significados son sociales, son compartidos por conjuntos importantes de hablantes, circulan dentro de –al menos– una comunidad lingüística. De modo que debemos postular un mecanismo social que permita compartir imágenes y representaciones construidas. Aquí, postulamos, y definimos, la existencia del *sentido común* (Raiter, 2003).

Nuevamente distinguiremos mecanismo de funcionamiento de contenidos. Como mecanismo, el sentido común depende del carácter gregario de la especie y de la comunicación –características que comparte con otras especies–; como funcionamiento de contenidos dependerá de los sistemas de creencias individuales, así como éstas dependen de aquél.

La construcción del sentido común es posible porque el método de comunicación privilegiado que tiene la especie es el mismo que tiene para construir imágenes en el sistema de creencias; es decir, el *lenguaje* como producto, discurso, emisiones, soporta las imágenes construidas en el sistema de creencias. El lenguaje, por medio del lenguaje, al producir emisiones lingüísticas, no puede transmitir otra cosa que contenidos de los sistemas de creencias. Las interacciones lingüísticas entre los miembros de una comunidad, los intercambios de imágenes, hacen que los contenidos de los sistemas individuales sean compartidos por todos; los contenidos de un sistema individual actúan como estímulo sobre, al menos, otro hablante.

El lenguaje es verosímil, afirmamos parafraseando a Fodor (1985); el lenguaje duplica el mundo, dice Luria (1975). Es que los seres humanos recibimos en la

comunicación representaciones del mundo que cuentan, funcionan, como el mundo. Estímulos que contruidos como imágenes nos sirven de guía para actuar. Resaltemos que no tenemos forma fácil –es decir, salvo reflexión, auto análisis, uso sistemático de la razón– de controlar si las imágenes han sido contruidas a partir de estímulos lingüísticos o si hemos comprobado referencialmente –de modo perceptual– el estímulo que dio lugar a la construcción.

La adquisición del lenguaje es un proceso complejo, sobre todo para estudiarlo de modo científico, pero resulta muy fácil –no cuesta ningún esfuerzo– realizar. Junto con la sintaxis adquirimos los significados, una concepción del mundo.

¿Qué es lo que recibimos? Recibimos estímulos lingüísticos, es decir, los contenidos de los sistemas de creencias de los adultos que nos rodean, que a su vez están completamente penetrados por los de toda la comunidad, es decir, los del sentido común de la comunidad. Son esos contenidos los que funcionan como estímulos privilegiados para conformar los contenidos del sistema de creencias propio.

Estos contenidos son percibidos como *el mundo*, son naturales, son recibidos de modo acrítico. Como ejemplo, notemos que en español no tenemos forma de marcar que {río} y {televisor} se diferencian en que uno es natural y el otro cultural o contruido, o que tienen diferente dirección de ajuste, según Searle (2000). Estos contenidos serán la materia prima de la comunicación, como la gramática es el mecanismo de organización y estructuración de la comunicación, para decirlo de un modo rápido. Ahora bien, del mismo modo en que percibimos como natural –y lo es– la estructura de la gramática, la sintaxis, la forma de clasificar, en géneros, los sustantivos, percibimos también como naturales –y lo son– los contenidos, los significados recibidos mediante la comunicación lingüística, que provienen del sentido común de la comunidad –los significados específicos de las formas lingüísticas son sociales– a través de los sistemas de creencias de los sujetos con quienes interactuamos.

El problema no consiste en aceptar la existencia del sentido común, si lo entendemos como un corpus de conocimientos desde el que actuamos los seres humanos en comunidades. El problema o los problemas consisten en:

*Aceptar el papel preponderante del lenguaje en su formación;*

*Aceptar que en sus contenidos está la base del significado lingüístico.*

En síntesis, implica aceptar que el sentido común se forma desde la comunicación lingüística y que al mismo tiempo es la condición para la transmisión de información, de significados lingüísticos.

Sin embargo, aun aceptando esta tensión dialéctica, subsisten varios problemas:

*a- ¿Cómo puede ser que un conjunto no homogéneo de significados y conocimientos sirva como guía para la acción?*

*b- ¿Cómo puede ser que encontremos tantas diferencias entre miembros de una misma comunidad, que deberíamos suponer razonablemente homogénea?*

- c- ¿Cómo es que –a pesar de las diferencias– las comunidades marchan de modo razonablemente homogéneo?
- d- ¿Cómo puede ser que muchos significados no sean compartidos por todos los miembros de la comunidad?
- e- ¿Cómo puede ser que, a pesar de d., una comunidad lingüística deba ser definida en términos de matrices de comunicación?
- f- ¿Cómo puede ser que el mismo corpus sirva para acciones tan disímiles como enrollar fideos y decidir el voto?

En primer lugar, como vimos, debemos diferenciar contenidos sociales de contenidos individuales; esto permite resolver por qué puede –en realidad, debe– haber diferencias entre los miembros de una misma comunidad. Las experiencias son diferentes: no todos partimos de los mismos eventos comunicativos en los mismos roles. Durante la adquisición del lenguaje los niños de una comunidad lingüística adquieren la misma sintaxis, la de su lengua materna, pero no todos adquieren los mismos significados: los niños nacen y viven en hogares, lugares sociales diferentes a donde no llegan por igual todos los significados del sentido común sino los que el mismo sentido común les ha asignado.

En segundo lugar, debemos diferenciar claramente los mecanismos –sociales e individuales– de los contenidos del sistema de creencias y del sentido común.

Este mecanismo, de representación y almacenamiento, es el único que tenemos para actuar. Es cierto que no hemos trabajado de modo intensivo aquí un (otro) mecanismo que opera sobre las representaciones: razón y reflexión, pero sí hemos estipulado que son lo suficientemente seguras como para permitir la acción y también hemos mostrado que no deben actuar de modo imprescindible sobre todas las representaciones. Por un lado, no son mecanismos de funcionamiento obligatorio (como sí lo es el de fijación de creencias); por el otro, no es imprescindible que funcionen para que las representaciones almacenadas sirvan como guía para la acción; ellas son lo suficientemente firmes para funcionar como guía sin necesidad de la reflexión razonada. Esto último se debe a la forma en que han sido incorporadas.

Del mismo modo que el lenguaje –esto es, las formas lingüísticas que portan significados– no tiene marcas [+natural], las representaciones tampoco contienen marcas sobre:

- Si son trascendentes para el funcionamiento del mundo o sólo son importantes para no tropezarse cuando uno se desplaza del baño a la cocina; en efecto, {globalización} y {cordones de los zapatos} tienen marcas de [+sustantivo], [+género], [+número] pero no contienen marcas del tipo \*[+ o -trascendente].
- No contienen marcas del tipo [+ o - natural].

- *Tampoco tienen marcas sobre el origen: si fue comprobado referencialmente o es la representación de un estímulo lingüístico.*
- *Si operó un mecanismo reflexivo sobre ellas.*
- *Si el estímulo fue obtenido mediante la lectura de un artículo científico, una enciclopedia o una charla de café.*

Por lo antedicho, no es importante el origen de la representación para el funcionamiento del sistema.

Los conocimientos lingüísticos sólo pueden comprobarse mediante conocimientos lingüísticos, salvo que –por algún mecanismo– nos lo propongamos reflexivamente. El queso es queso porque parece queso, tiene gusto a queso y, tal vez, una leyenda adherida queso.

Los trabajos sociolingüísticos han demostrado que aun dentro de una misma comunidad lingüística no todos los miembros poseen los mismos significados. Los trabajos etnolingüísticos (Duranti, Gumperz) han demostrado que los hablantes no participan necesariamente de los mismos eventos en los mismos roles. Esto hace que los estímulos que cada miembro de la comunidad lingüística recibe sean –o puedan ser– lo suficientemente diferenciados como para no poseer todos –por no haberlas construido– las mismas representaciones. Esto hace que no tengan todos los mismos significados y –mucho más importante– puedan poseer significados que sólo estén disponibles para la comprensión pero que no lo estén para la producción; es decir, conocen las formas (como en el ejemplo 11, *comprar un BMW*), pero no el mismo significado como en los ejemplos 12), 13), 14), 15) y 16). La psicolingüística, nuevamente, muestra evidencia experimental de este fenómeno.

157 {raiter

En definitiva, los significados lingüísticos, como fenómeno, pertenecen al sentido común. Se construyen permanentemente en cada interacción y son el producto de la interacción de los contenidos de los sistemas de creencias de los sujetos participantes. No están en los textos sino que están en la actividad de los sujetos. Dado que los contenidos de los sistemas de creencias de cada uno de los miembros de la comunidad intervienen en la construcción de los significados, estos significados construidos son, sin duda, ideológicos, porque expresan un conjunto de representaciones del mundo.

Discutiremos brevemente cómo puede establecerse la comunicación dentro de una comunidad a pesar de la potencialidad de contar con contenidos diferentes en los sistemas de creencias individuales, producto de estar sometidos a estímulos diferentes.

Esta aparente dispersión, la posibilidad de  $n$  eventos y significados, y de jugar diferentes juegos de lenguaje –parafraseando a Wittgenstein– tienen dos restricciones muy importantes:

*Por un lado, esos cuentos y significados no son infinitos, aunque sean numerosos; existen importantes condicionamientos sociales, además de los que seguramente restringe la capacidad genética.*

*Por otro lado, no debe confundirse la variedad de juegos con la libre elección del juego que cada uno quiere jugar; esta posibilidad no existe, los roles están en gran medida determinados por la organización social.*

Existe la posibilidad de alejarse de los roles e incluso intentar cambiarlos. Dado que los contenidos de los sistemas de creencias deben ser cohesivos con los del sentido común de la comunidad, jamás tendremos tantas interpretaciones como interpretantes, tantas lecturas de un texto como lectores. No es que estimulan la posibilidad de una sola y única representación, pero tampoco ofrecen la posibilidad de cualquier representación.

Por último, pero no por eso menos importante, en las interacciones lingüísticas, en el sentido común de la comunidad, están presentes, como significados, los roles sociales, como médico, político, docente, alumno, empresario, etcétera. Estos roles determinan también en qué eventos se participa y, en definitiva, qué significados se usan: el médico puede darle órdenes a un paciente; un cartonero no puede darle órdenes a un alumno, como sí puede un docente. De este modo, en algunos eventos comunicativos, para determinados roles, algunos significados están sólo disponibles para la comprensión, pero no para la producción. Además, el motivo por el cual nos podemos comunicar con facilidad a pesar de la dispersión es la existencia dentro de los contenidos del sentido común de un sistema organizador de referencias, que llamamos *discurso dominante* (Raiter, 1999).

El discurso dominante no impide la circulación de nuevas representaciones ni de representaciones no idénticas a las dominantes, pero estos significados aparecen calificados. El significado se establece en el uso, no está definido en una estructura estática y se establece tomando las representaciones contenidas en el discurso dominante como referencias. Desde allí se califica como verosímiles, pornográficas, marginales, etcétera, las representaciones nuevas y los nuevos significados posibles.

### Conclusiones

Creemos haber mostrado el que seguramente es el principal mecanismo para establecer los significados lingüísticos. Al ubicarlos dentro de mecanismos de funcionamiento obligatorio, pero cuyos contenidos dependen de los estímulos recibidos, de las interacciones, establecemos la posibilidad de cambio y variación que es uno de los objetivos de la semántica sociolingüística.

Creemos haber diferenciado claramente los mecanismos de funcionamiento de los sistemas de los contenidos que los sistemas tengan.



Hemos diferenciado mecanismos individuales (biológicos, genéticamente determinados) de mecanismos sociales dependientes de la actividad comunicativa de las personas.

La clasificación del mundo que poseemos, es decir, los contenidos de los sistemas de creencias, los significados existentes en el sentido común de una comunidad en un momento determinado, no son los únicos posibles; esto no significa que los consideremos arbitrarios –por lo que no tendría sentido proponer cambiarlos– sino, simplemente, que otros significados, otros contenidos, más justos o satisfactorios, más a la medida humana, son posibles. En definitiva, una *semántica sociolingüística* debe incorporar no solamente hipótesis sobre los contenidos de los sistemas de creencias individuales, sino que debe establecer qué roles y significados se encuentran disponibles en una comunidad; una semántica sociolingüística es un estudio ideológico de comunidad determinada.

### Referencias Bibliográficas

- Austin (1962): *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós, Buenos Aires [1984].
- Bourdieu, P. (1982): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios verbales*. Akal, Madrid [1985].
- Duranti, A. (1992): "Language in context and language as context: the Samoan respect vocabulary", en Duranti, A. y Goodwin, Ch. (eds): *Rethinking Context*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Fodor, J. (1985): *La modularidad de la mente*. Morata, Madrid [1987].
- Gumperz, J. (1992): "Contextualization and understanding", en Duranti, A. y Goodwin, Ch. (eds): *Rethinking Context*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Halliday, M. A. K. (1994): *An Introduction to Functional Grammar*. Segunda edición. Arnold, Londres.
- Labov, W. (1972 B): *Modelos Sociolingüísticos*. Cátedra, Madrid [1984].
- Lavandera, B. (1982): "El principio de reinterpretación en la teoría sociolingüística", en *Variación y Significado*. Hachette, Buenos Aires [1984].
- Luria, A. R. (1975): *Conciencia y Lenguaje*. Visor, Madrid.
- Raiter, A. (1999): *Lingüística y política*. Biblos, Buenos Aires.
- (2003): *Lenguaje y Sentido Común*. Biblos, Buenos Aires.
- Searle, J. (1969): *Actos de Habla*.
- (2000): *Razones para actuar*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- Van Dijk, T. (1998): *Ideología*. Gedisa, Barcelona [1999].
- Wittgenstein, L. (1934): *Los cuadernos azul y marrón*. Tecnos, Madrid [1993].
- (1958): *Investigaciones Filosóficas*. Crítica, Barcelona [1988].